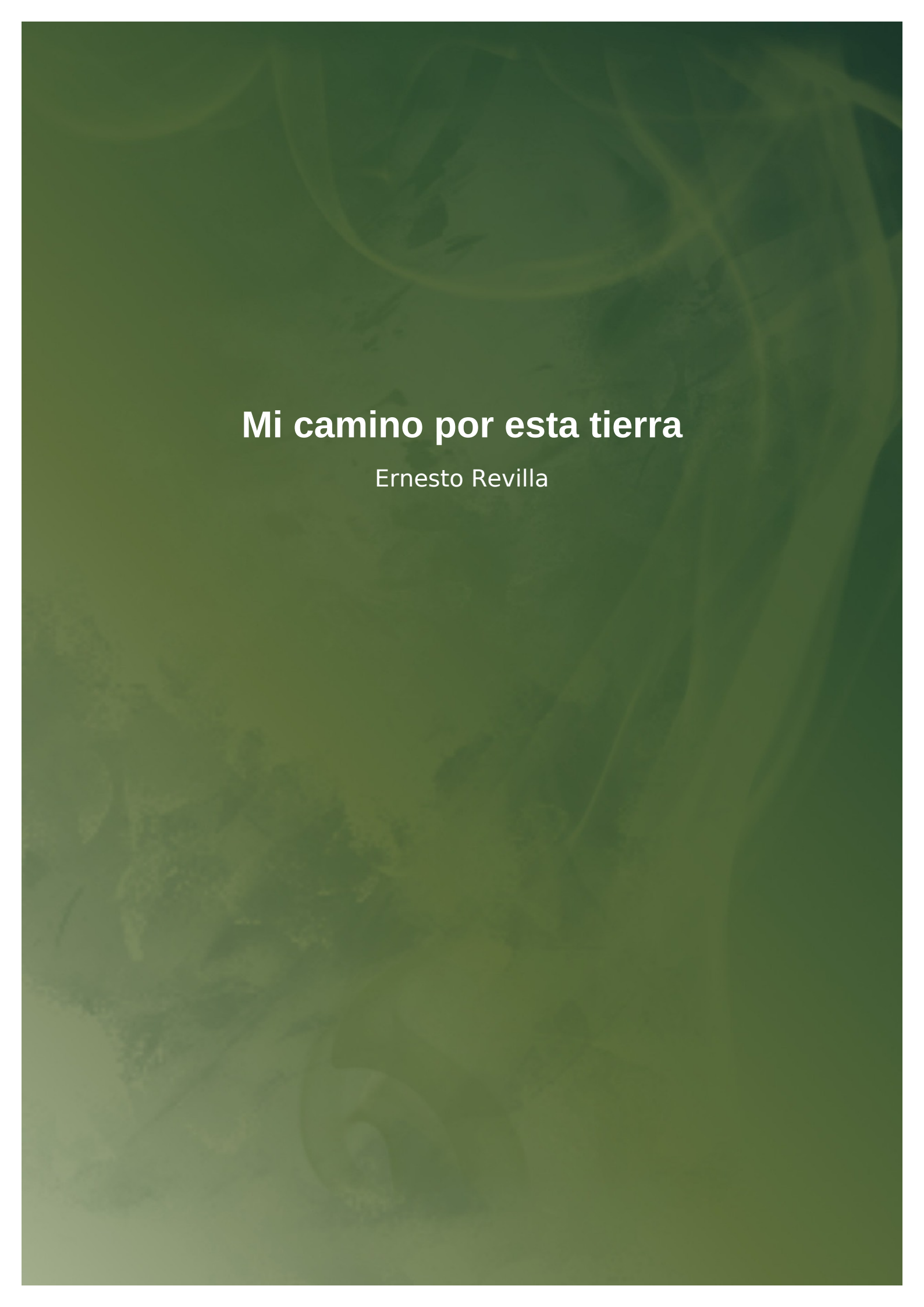




Mi camino por esta tierra

Ernesto Revilla

"A mi mujer, Graci, que ha sido fundamental para poder tener una vida completa. A mis hijos, por los que siento gran orgullo. A mis hermanos, amigos y colegas del casino Regalías"

Introducción

En el crepúsculo de mi existencia, cuando las arrugas surcan mi piel y la blancura de mis cabellos resalta en contraste con mi tez marchita, me veo inmerso en la reflexión sobre los años de mi juventud. Son aquellos momentos, impregnados de sucesos asombrosos y terribles, los que ansío plasmar en este pergamino, como testamento y legado de una vida marcada por la dualidad del bien y el mal. En la orilla del abismo, aguardo con serenidad el instante en que me sumergiré en la divinidad desierta y silenciosa, donde quizás encuentre redención o condena por los caminos recorridos en esta travesía terrenal. En cada letra trazada, busco revelar la complejidad de mis experiencias, en un intento por comprender mi existencia y legar una parte de mi alma a las generaciones venideras.

A lo largo de mi vida, he sido bendecido con la inquebrantable gracia de poder transmitir fielmente los relatos y sucesos que se desarrollaron en las venerables paredes de la abadía, cuyo nombre prefiero envolver con un manto de recato y respeto. Corría el año 1327, una época marcada por la llegada del emperador Ludovico a tierras italianas, en una misión destinada a restaurar la sacra dignidad del Imperio Romano, según los planes trazados por el Altísimo. Aquellos días estaban tejidos de intriga y fervor religioso, la sombra del infame usurpador simoníaco en Aviñón oscurecía el aura sagrada del apóstol, sembrando la discordia y la deshonra en el seno de la fe. En medio de este turbulento escenario, mi voz se erige como testigo fidedigno de los acontecimientos que marcaron aquellos días de incertidumbre y fervor, donde la historia se fusionaba con la voluntad divina para forjar el destino de un imperio dividido entre la gloria y la traición.

Desde temprana edad, mi vida ha sido un constante viaje por las complejidades de los acontecimientos en los que me veía inmerso. Cada década ha sido un capítulo en el libro de mis experiencias, un relato tejido con los hilos de la historia y la intrincada madeja de mi memoria. Como un navegante en un mar de relatos entrelazados, he tratado de comprender el presente a través de los recuerdos del pasado, alimentando mi entendimiento con las voces que narran las huellas del tiempo. A veces, mi mente se ve envuelta en la neblina de la confusión, pero en

medio de la bruma, mi memoria lucha por atar los cabos sueltos, por dar coherencia a aquellos momentos fugaces que moldearon mi existencia. Así, mi vida se erige como un testimonio de la complejidad del ser humano, una sinfonía de recuerdos entrelazados que dan forma a mi identidad en constante evolución.

Espero que quienes lean mi biografía sientan la evocación de una época en la que la ciudad de Roma fue testigo de turbulencias políticas y sociales que la llevaron a ser descrita, incluso por algunos contemporáneos, como un lugar sumido en el caos y la corrupción, lejos de la esencia y la pureza que se esperaba de la sede apostólica de la cristiandad. El traslado de la sede papal a Aviñón por parte del Papa Clemente V marcó un hito que dejó a Roma expuesta a las intrigas y ambiciones de los señores locales, convirtiéndola en un escenario de contiendas de poder y desenfreno, en contraste con su venerable historia y su papel como centro espiritual del mundo cristiano. Confío en que mis palabras inviten a reflexionar sobre cómo los designios de los hombres pueden llevar a transformar incluso los lugares más sagrados en escenarios de discordia y decadencia, recordando que la grandeza de una ciudad no radica únicamente en sus monumentos, sino en la nobleza de sus habitantes y gobernantes.

Mi vida ha estado marcada por la templanza, la paciencia y el placer de disfrutar una buena comida que culmine con una siesta reparadora. Durante años, he saboreado cada bocado con calma y he cultivado la virtud de esperar el momento justo para cada acontecimiento. La templanza me ha llevado a sobrellevar las adversidades con serenidad y equilibrio, construyendo un camino de serenidad y crecimiento personal.

La paciencia, esa virtud que he cultivado con esmero, me ha guiado en los momentos más difíciles de mi vida, permitiéndome mantener la calma y la compostura ante las situaciones más desafiantes. Con ella, he aprendido a esperar el momento oportuno para tomar decisiones importantes y a comprender que el tiempo es un aliado invaluable en la conquista de mis metas.

Sin embargo, no puedo negar la alegría que me provoca saborear una deliciosa comida y entregarme al placer de una siesta reparadora. Para mí, la satisfacción de disfrutar de una buena mesa y luego descansar plácidamente es un ritual sagrado que renueva mis energías y alimenta mi espíritu. En esos momentos de descanso, he encontrado la paz y la tranquilidad necesarias para continuar mi

camino con renovadas fuerzas y una mente clara y despejada.

Durante mis años en el monasterio, una anécdota singular se grabó en la memoria de todos los hermanos. Aquel día, en el santo oficio, el hermano Basilio, dedicado como siempre a preparar con devoción la misa de Espertina, sufrió un pequeño accidente que hizo temblar nuestros corazones. En un descuido, la cera de las velas se derramó sobre las santas escrituras, creando un instante de confusión y preocupación en la sacristía. Afortunadamente, la suerte estuvo de nuestro lado, ya que el padre superior, en su benevolente costumbre de tomar una breve siesta de descanso, no se percató de la situación, otorgándonos un respiro en medio de la tensión. Fue un recordatorio de la vulnerabilidad humana y la importancia de la atención en cada detalle de nuestras responsabilidades sagradas.

Autobiografía generada en
www.historiasdemivida.com

22/05/2025

